

LA CICATRIZ

Sabéis, a veces solo se pediría una gota de agua para apagar el fuego que arrasó con más de 100 vidas; otras, en cambio, se desearían no haber nacido en un país invadido por la guerra; o, como aquel niño que lo único que deseaba era que llegara el verano para ver a su hermano. Pero yo, en cambio, lo único que habría deseado sería tiempo, tiempo no sé si para escapar o para recapacitar de todo lo sucedido.

Era por la mañana, el firmamento se encontraba cubierto por pequeñas nubes de color grisáceas. Caminaba por la calle invadida por el barro y charcos helados, cobijados bajo un manto de hojas marchitas y cubiertas de escarcha. Como todos los días iba a un descampado, en el que me esperaban mis amigos del pueblo, que se encontraban colocando unas latas en una viga de cemento. Luego estaba tras ellos mi padre, que estaba preparando la pistola para que hiciéramos nuestras prácticas de tiro. Conseguí derribar 5 de 7; para mí eso era todo un logro, ya que imaginaos a una niña de 6 años agarrando una pistola el doble que ella, y consiguiendo disparar sin derrumbarse por la fuerza del disparo.

Después acompañaba a mi padre a su trabajo montando en un Citroën muy antiguo. Al llegar a la central eléctrica yo me quedaba en su despacho mirando un mapa de la Sierra de la Segundera y analizando los recientes lugares donde él había clavado una nueva chincheta; siempre pensé que algún día no le quedaría ningún lugar por explorar.

Cuando volvíamos al pueblo, serían las 22:45. De repente, dimos un frenazo. Pude ver por un momento una jineta que llevaba de la boca un pajarito. Se quedó mirándonos y luego se marchó corriendo. Cuando ya llegamos al pueblo entramos en el bar y me senté junto a mi abuelo y su grupo para jugar a las cartas. Con sinceridad, no sabía lo que estaba haciendo, pero me disponía a jugar y cogí las cartas. Con un escaso número de partidas, al final, aprendí. Luego me dieron a catar el vino, pero lo escupí de inmediato; su sabor tenía una combinación entre fuerte y desagradable.

Pero a medianoche se empezó a escuchar un sonido fuerte y un estruendo. La gente comenzó a salir, me hice paso entre la multitud y me subí con mi padre al tejado de una casa, para intentar ver lo que sucedía. Pero no conseguí ver nada más que unos árboles cercanos y la oscuridad total. De repente, una gran cantidad de agua empezó a llegar al pueblo causando destrozos e inundaciones, el agua empezó a inundar la calle en la que nos encontrábamos hasta llegar casi al tejado. Enseguida se derrumbó un trozo de la vivienda y, al darme la vuelta para ver lo sucedido, mi padre ya no estaba. Me quedé durante un rato paralizada, no sé si por el frío o por la sensación de terror. Me quedé dormida y me desperté por los gritos de la gente y por la llegada de la Guardia Civil para ayudar. En cuanto volví en mí, fui corriendo a buscar ayuda, ya que estaba llena de arañazos (por los escombros). Al bajar me fijé en una persona bajo un montón de piedras: era él, mi padre. Corrí para verle, pero fui apartada por unos enfermeros que fueron a ayudarle. Cuando le tomaron la tensión se apartaron, dejaron que trajeran una camilla y lo guardaron en una bolsa.

Pasaron muchas cosas desde entonces: desde ir al funeral de mi padre hasta visitar a mi abuelo en el hospital, por las lesiones causadas en la catástrofe.

Los sucesos de los años fueron curando mis heridas, tanto físicas como mentales, pero nunca desaparecieron, siempre dejaban aquella cicatriz.

Año 1971:

Estaba a punto de coger el tren para marcharme cuando me di cuenta de que me había dejado algo importante. Al llegar a mi habitación recogí el libro de Arquitectura

y al darme la vuelta, contemplé el mapa de la Sierra Segundera por fin lleno de chinchetas.
Sonó el silbato del tren, reaccioné y abandoné la habitación.

Noa H.S.